

manas, y se admira de vuestras lágrimas. ¿No volverá la primera á reanimar esas pálidas escenas? ¿Ha encontrado el sol, eterno lecho en las olas del Occidente? No: antes de mucho brillarán nuevos resplandores en el Oriente; antes de mucho, la primavera devolverá el verdor y la armonía á los bosques.

«¡Permaneceré yo abandonado en el polvo cuando una providencia benéfica hará revivir las flores! ¿Cómo! ¡La voz de la naturaleza, injusta solo para el hombre, lo condenaría á perecer en tanto que le manda esperar! Lejos de mí semejantes ideas. También para mí llegará la inmortal primavera de los cielos; la varonil hermosa del hombre volverá nuevamente á florecer.»

Edwin había aprendido de su religioso padre esas sublimes verdades... Mas hé aquí que el novelesco niño sale del asilo en que se había puesto á cubierto de las tibias oleadas del Mediodía. La lluvia de la tempestad ha pasado ya: ahora el ambiente es fresco y perfumado. En el oscuro Oriente, desplegando un arco inmenso, brilla el iris á los últimos rayos del sol que toca en su ocaso. Jóven insensato, ¿crees poder tocar ese brillante meteoro? ¿Cuán inútil es la carrera á que te entregas con tanto ardor! ¡La brillante aparición se aleja á medida que la persigues! ¡Ah! ¡Sirvate de ejemplo para comprender cómo se disipa la juventud corriendo tras las quimeras de la vida! ¡Ese emblema de una esperanza frustrada sírvate de lección para moderar tus pasiones y consolar tus ilusiones perdidas! Mas ¿por qué ha de alarmar tu corazón un sombrío presentimiento? ¿Perezca esa vana sabiduría que sofoca los juveniles deseos! Corre, amable niño, corre en pos de tu brillante fantasma; entregate á las ilusiones, á la esperanza. ¡Ah! Demasiado rápidamente se desvanecerán por sí mismas.

Cuando la campana del anochecer hacía vibrar los aires cargados de los gemidos de la brisa solitaria, el jóven Edwin, caminando lentamente, penetraba en el fondo de los valles prestando atento oído á todos los vagos rumores; en su derredor se imaginaba ver pasar fúnebres comitivas, pálidas sombras, y fantasmagoras arrastrando largas cadenas y cubiertas de flotantes velos; esos rumores de la muerte se confundían por último con el lúgubre graznido del buho, ó con el murmullo del viento de la noche, que por intervalos agitaba las antiguas torres de una iglesia.

Si la luna rojiza se inclinaba al fin de su curso sobre el mar melancólico y sombrío, Edwin iba á buscar las orillas de aquellas fuentes desconocidas donde entre los brezos se reunían los hechiceros del tiempo pasado. Allí tal vez le sorprendía el sueño, y también le traía nuevas visiones. Por de pronto una brisa salvaje empezaba á silbar en su oído, y luego lámparas súbitamente inflamadas por una mágica llama resplandecían bajo la bóveda de la noche.

A veces en sueños veía elevarse ante él un castillo, cuyas paredes estaban profusamente decoradas de escudos de armas. Una trompeta sonaba en sus almenas; bajábase el puente levadizo, y de la gótica morada creía ver salir un grupo de gallardos guerreros ostentando verdes cimieras, escudos de oro y lanzas de diamante. La mirada de esos guerreros era afable, su modo de andar resuelto, y en medio de ellos marchaban venerables trovadores con sus mantos flotantes, y haciendo resonar el aire con el acento de instrumentos marciales.

Al ruido de los pasos y canciones de esos guerreros, veía Edwin en medio de sus sueños salir del fondo de un bosquecillo de mirtos gentil comparsa de hermosas damas. Los guerreros dejaban sus escudos y lanzas; los trovadores entonaban animadas canciones, y damas y caballeros se confundían en una alegre danza. Las amables parejas se mezclan, se aíslan, se evitan, se aproximan; nadie habría podido fijar el

contorno de aquel movable laberinto; en el bosque se refleja á lo lejos el resplandor de las antorchas, del oro y las pedrerías.

Mas el sueño se ha disipado... Edwin, al despertar con la aurora, fija sus encantados ojos en las escenas de la mañana; cada ondulacion del céfiro le trae mil deliciosos sonidos: oye el balido del rebaño; el ruido de la campanilla del cordero; el susurro de la abeja, y el canto del pastor que se confunde con el eco del continuo golpear de las olas del Océano contra la lejana costa.

El perro de la cabaña ladra al ver pasar el peregrino; la lechera con el cántaro en la cabeza, baja de la colina cantando; el labrador atraviesa el barbecho silbando; la carreta rechina al ir poco á poco subiéndolo por el sendero del monte; la liebre asustada salta súbitamente de entre las espigas; la perdiz tiende al aire sus ruidosas alas; la tórtola gime en su árbol solitario y la alondra gorgoja junto la región de las nubes.

«¡Oh naturaleza, que encantadora es tu hermosura! Concedes á tus amantes, placeres siempre nuevos. ¡Que no me sea dado tener la voz y el ardor de un serafín para celebrar su gloria con religioso amor!»

Sabios maestros de la lira, poetas, hijos de la naturaleza, amigos del hombre y de la verdad, yo os saludo. Mil veces os saludo. Oh vosotros, cuyos versos, llenos de sublime dulzura, encantaron mi infancia é instruyeron mi juventud...

¡Ah! el pobre Edwin, oculto en ignoradas mansiones, nunca llegó á conocer vuestro arte. Cuando las lluvias del invierno y las nieves apiñadas cerraban la puerta de la cabaña, solo entonces oía á los trovadores errantes celebrar las proezas de la caballería... ó repetir aquella interesante balada de los dos niños abandonados en el bosque. Al derramar lágrimas por tan patética narracion, Edwin admiraba los prodigios de la Musa. Cuando la tempestad cesaba de rugir, el jóven recorría el monotonó desierto de las nieves; contemplaba las nubes que flotaban en el horizonte como un gran navío en las olas del Océano. Entre esas decoraciones siempre cambiantes y siempre nuevas, creía distinguir rios, cavernas, gigantes, rocas hacinadas sobre rocas, y torres inclinadas sobre torres. Alguna vez, bajando á la playa el entusiasta solitario atravesaba los arenales experimentando una especie de placer mezclado de terror, al oír el mugido de las olas. También cuando durante el estío las nubes de la tempestad prolongan su tenebrosa columna hasta la cima de las colinas, Edwin se apresuraba á dejar la morada del hombre, sepultándose en la negra soledad para gozar el primer fulgor del relámpago y el primer estampido del trueno bajo la sonora bóveda de los cielos.

Cuando los jóvenes de la aldea se reunían para bailar al son de un rústico instrumento, Edwin sentado aparte se complacía en soñar entre el rumor de la música. ¡Ah! ¡qué vanas y tumultuosas parecían á su alma aquellas estrepitosas diversiones! Celestial melancolía, ¿qué son, comparados contigo, los profanos placeres del vulgo?

«¿Habrá un corazón á quien la música no interese? ¡Ah! ¡qué feroz, qué insensible debe ser ese corazón! ¿Habrá un corazón que nunca haya sentido esos misteriosos transportes, hijos de la soledad y de los ensueños? Nunca semejante corazón se dirija á las Musas; las Musas rechazarán sus votos...»

No fue así Edwin. El canto fue su primer amor: con frecuencia el harpa de la montaña suspiró bajo su mano emprendedora, y la melancólica flauta gimió aplicada á sus labios. Su Musa, todavía jóven, ignoraba el arte del poeta, fruto del trabajo y del tiempo. Edwin llegó, sin embargo, á conseguir era rara perfeccion, como mis versos lo dirán algun día.

Por este último verso se ve que Beattie se proponía

continuar su poema. En efecto, existe un segundo canto escrito algun tiempo despues, y muy inferior al primero. Edwin vagando por el desierto, oyó un día una grave voz que se elevaba del fondo de un valle; era la voz de un anciano solitario, que despues de haber conocido las ilusiones del mundo, se habia sepultado en aquel retiro para concentrar su espíritu y cantar las maravillas del Creador. Ese ermitaño instruyó al jóven y le reveló el secreto de su propio genio. Echase de ver cuán bien imaginada estaba semejante idea; pero la ejecucion no correspondió al primer designio del autor. Aquel anciano habla demasiado y hace reflexiones sobradamente vulgares acerca de las grandezas y las miserias de la vida. Sin embargo, aun se encuentran en este segundo canto algunos pasages

que recuerdan el atractivo del primero. Las últimas estrofas están consagradas al recuerdo de un amigo que el poeta acaba de perder. Parece que Beattie estaba condenado á derramar frecuentes lágrimas. La muerte de su hijo único lo afectó profundamente, y le hizo separarse completamente del culto de las Musas. Siguió viviendo en las rocas de Morven; pero esas rocas no inspiraban ya sus cantares. Semejante á Ossiam cuando perdió su Oscar, colgó Beattie su harpa de las ramas de una encina. Dicese que su hijo anunciaba gran talento para la poesia: tal vez seria el mismo que un padre sensible pintó en su poema con el nombre de Edwin, y cuyos pasos, segun sus propias expresiones, no se veían ya en la cumbre de la montaña (1).

## LAS LETRAS Y LOS LITERATOS.

### CONTESTACION

A UN ARTICULO INSERTADO EN LA GACETA DE FRANCIA DEL 27 DE ABRIL DE 1806.

Mayo 1806.

La *Defensa del Genio del Cristianismo* es hasta ahora la única contestacion que he dado á todas las criticas con que se han dignado honrarme. He tenido la dicha ó la desgracia de encontrar con bastante frecuencia mi nombre en obras polémicas, en folletos y en sátiras. Cuando la critica es justa, la aprovecho para enmendarme; cuando es epigramática, me rio, y si es grosera la desprecio. Un nuevo enemigo acaba de presentarse en la palestra: es un caballero bearnés. Cosa singular, ese caballero me acusa de preocupaciones góticas, y de despreciar las letras. Conieso que no puedo oír con sangre fria hablar de asuntos caballerescos: en tratándose de torneos, desafios, castillos y pasos de armas, me lanzaría gustosamente como el señor don Quijote al campo á desfacar agravios. Acepto por consiguiente el reto de mi adversario, si bien la circunstancia de no haber manifestado su nombre, ni haber levantado su visera al entrar en la liza podria dispensarme de romper lanzas con él. Sin embargo, en atencion á que ha guardado religiosamente las demás leyes del torneo, procurando dar en la cabeza y en el corazón, lo admito como leal caballero y recojo el guante.

¿Cuál es el motivo de nuestro reto? ¿Vamos á batiarnos, como se usa ya entre los valientes sin saber por qué? Quiero sostener que la *dama* de mi corazón es incomparablemente mas hermosa que la de mi contrario; y si por casualidad es la misma? Tal es, en efecto, nuestra aventura. Mi opinion, ó mas bien dicho mi amor, es el mismo que el del caballero bearnés; y como él declaro también traidor á cualquiera que se atreva á faltar al respeto á las Musas.

Cambemos de lenguaje y vengamos al hecho. Me atrevo á decir que el crítico que me ataca con tan buen gusto, con tanta discrecion y urbanidad, aunque tal vez con algo de prevencion, no ha comprendido bien su pensamiento.

«Será tan grande mi culpa en no querer que los re-

(1) El poeta Beattie sobrevivió poco tiempo á la pérdida de su hijo; anduvo arrastrando su dolor por las montañas de Escocia y murió el 18 de agosto de 1805 á los 68 años. Además de ese poema, publicó otras poesias muy notables por el sentimiento melancólico que en ellas domina.

yes se cuiden de las intrigas del Parnaso? Un rey indudablemente debe amar la literatura, cultivarla en cierto modo, y protegerla en sus Estados; pero ¿será bueno que un monarca dé, como un hombre comun la medida de su capacidad y reclame la indulgencia de sus súbditos en un prólogo? Paréceme que los dioses no deben aparecer tan evidentemente á la vista de los hombres: Homero estableció una barrera de nubes en las puertas del Olimpo.

Por lo tocante á esa otra frase, *un autor debe ser tomado en las filas ordinarias de la sociedad*, pido perdon á mi censor, pero no implica esa frase el sentido que pretende darle. En el sitio en que está colocada se refiere á los reyes y solamente á los reyes. No puedo cometer el absurdo de querer que las letras sean precisamente relegadas á la parte no *letrada* de la sociedad, siendo, como son, patrimonio de todo el que piensa, y no pudiendo pertenecer á una clase de hombres en particular, ni ser una atribucion de clases, sino una distincion de la inteligencia. Sé muy bien que Montaigne, Malherbe, Descartes, La Rochefoucauld, Fenelon, Bossuet, La Bruyere, el mismo Boileau, Montesquieu y Buffon, pertenecieron mas ó menos al antiguo cuerpo de la nobleza por la toga, ó por la espada; sé muy bien que un bello ingenio no puede deshonrar á un nombre ilustre; mas puesto que mi crítico me fuerza á decirlo, añadiré que creo que hay mucho menos peligro en que las Musas se cultiven en un estado oscuro, mas bien que en una condicion brillante. El hombre sobre quien nadie fija las miradas aventura muy poco en el caso de un naufragio. Si no consigue éxito en las letras, su manía de escribir no le habrá privado de ninguna ventaja real, y su rango de autor olvidado nada añadirá al olvido natural que se promete en cualquier otra carrera.

No puede decirse otro tanto respecto del hombre que ocupa un puesto distinguido en la sociedad por su riqueza, dignidades, ó por el recuerdo de ilustres antepasados. Preciso es que semejante hombre mida bien mis fuerzas antes de lanzarse á la arena donde se dan mortales caídas. Un momento de vanidad pudiera muy bien arebatarle la felicidad de toda la vida. Cuando hay mucho que perder, no se debe escribir mas que violentado, si así puede decirse, por la fuerza del ingenio, y dominado por la presencia del número: *fera corda domans*. Un gran talento es una

gran razón, y con la gloria puede contestarse á todo. Mas el que no siente en sí mismo esa *mens diviniór*, guárdese bien de dar rienda á esa *comezon de escribir que suele acometernos*.

No aventureis por nada la fama de hombre honrado que con vuestra conducta habreis muy bien ganado para adquirir de manos de un ávido impresor ridículo dictado de despreciable autor.

Si viese á un Duguesclin andar rimando un mal poema sin el consentimiento de Apolo, le diría á voces: «Señor Beltran, dejad vuestra pluma por la espada del buen condestable. Cuando esteis en la brecha acordaos de invocar como vuestro antepasado á *Nuestra Señora Duguesclin*. Esa Musa no es la que canta las ciudades tomadas; pero es la que hace tomarlas.»

Mas por el contrario, si el descendiente de una de esas familias que figuran en la historia, se anuncia al mundo por un *Ensayo* lleno de fuerza, de calor y de gravedad, no temais que yo lo desaliente. Aunque tuviera opiniones contrarias á las mías, aunque su libro lastimara no solo mi espíritu, sino hasta mi corazón, no veré mas que su talento, ni seré sensible mas que al mérito de la obra é introduciré el jóven autor en la carrera. Mi antigua experiencia le hará evitar los escollos, y como buen hermano me alegraré de sus triunfos.

Espero que el caballero que me ataca aprobará esos sentimientos, pero eso no me basta: no le quiero dejar ninguna duda acerca de mi modo de pensar respecto de las letras y los que las cultivan. Esto me va á arrastrar á una discusión algo larga; perdonéme la longitud por el interés del asunto.

¡Ah! ¿cómo había yo de poder calumniar las letras? Bien ingrato sería habiendo ellas sido el encanto de mi vida. He tenido mis contratiempos como todo el mundo, pues acerca de los sinsabores entre los hombres puede muy bien decirse lo que Lucrecio dice de la llama de la vida.

... Quasi cursores, vitæ lampada tradunt.

Mas siempre he encontrado en el estudio alguna noble razón de soportar resignadamente mis penas. Alguna vez sentado al borde de un camino en Alemania sin saber á dónde dirigirme, he olvidado mis males y los autores de ellos, soñando en alguna agradable quimera que me ofrecían las musas compasivas. Sobre mí llevaba toda mi fortuna que se reducía á un manuscrito acerca de los desiertos del Nuevo Mundo y en mas de una ocasión los cuadros de la naturaleza trazados en las cabañas indias me han servido de consuelo en la puerta de una cabaña de la Westfalia, á donde no me habían permitido entrar.

Nada hay mas á propósito que el estudio para disipar las turbulencias del corazón, y poner en perfecto concierto las armonías del alma. Cuando cansado de las tempestades del mundo os refugies en el santuario de las Musas, al punto echareis de ver que entráis en una atmósfera tranquila cuya benévola influencia serenará prontamente vuestro espíritu. Ciceron había sido testigo de las calamidades de su patria; había visto en Roma sentarse el verdugo al lado de la víctima (escapada por casualidad del patíbulo) y gozar de la misma consideración que esa víctima; había visto apretar con la misma cordialidad la mano que se había bañado en la sangre de las víctimas y la que se había levantado á defenderla; había visto convertirse la virtud en objeto de escándalo en tiempo de crimen como el crimen en objeto de horror en tiempo de virtud; había visto á los romanos degenerados corromper el idioma de Escipion para excusar su bajeza llamando la constancia obstinación, la generosidad locura, el valor imprudencia, y buscar un pretexto

interesado en las acciones honradas para no tener el dolor de apreciarlas; había visto enfriarse poco á poco la amistad que sus amigos le profesaban, cerrarse los corazones de estos á las expansiones del suyo, sus penas dejar de ser comunes y sus opiniones cambiar paulatinamente: aquellos hombres arrastrados y atropellados simultáneamente por la rueda de la fortuna, lo habían ido dejando en una profunda soledad. A esas penas tan grandes por sí mismas se unieron amargos disgustos domésticos: «Me quedaba aun mi hija, escribía á Sulpicio, mi hija, que era un apoyo continuo con el cual podía contar: el atractivo de su conversación me hacia olvidar mis pesares; mas la horrible herida que he recibido al perderla vuelve á abrir en mi corazón todas las que yo creía que estaban cicatrizadas... Me veo expulsado de mi casa y del foro.»

¿Qué hizo Ciceron en medio de una situación tan triste? Recurrió al estudio. «Me he reconciliado con mis libros, escribía á Varron; ellos me invitan á nuestras antiguas relaciones, y me hacen conocer que habeis sido mas discreto que yo en no dejarlos nunca.»

Las Musas que nos permiten elegir nuestra sociedad son un poderoso socorro en los disgustos políticos. Cuando nos vemos cansados de vivir entre los Tijiunos y Narcisos, por ellas podemos transportarnos á la sociedad de los Catones y Fabricios. Cierto es que el estudio por lo que hace á las penas del corazón no puede devolvernos los amigos que lloramos perdidos; pero dulcifica los pesares que nos causa su pérdida, mezclando su recuerdo en todo lo que hay de puro en los afectos de la vida, y de bello en las imágenes de la naturaleza.

Examinemos ahora lo que suele criticarse en las personas consagradas á las letras. La mayor parte de los cargos que se les suelen hacer carecen de fundamento: la medianía se consuela con la calumnia.

Suelen decir: «los literatos no son á propósito para el manejo de asuntos.» ¡Extraño es por cierto que la capacidad que fue necesaria para engendrar el *Espíritu de las Leyes* no lo fuese bastante para despachar el bufete de un ministro! ¡Cómo! ¡Los que tan hábilmente sondan las profundidades del corazón humano, no podrían discernir alrededor de ellos las intrigas de las pasiones? Cuanto mas conozeais los hombres, tanto mas capaz seréis de gobernarlos.

Semejante acusación es un sofisma desmentido por la experiencia. Los dos hombres de Estado mas grandes de la antigüedad, Demóstenes y en especial Ciceron fueron dos verdaderos literatos en toda la extensión de la palabra. Nunca ha habido tal vez un ingenio literario mas bello que el de César, y sin embargo no es de presumir que nadie diga que ese nieto de Anquises y de Venus no sabía dirigir los asuntos. En Inglaterra pueden citarse Tomás Moro, Clarendon, Bacon, Bolingbroke y en Francia L'Hopital, Lamignon, Daguesseau, M. de Malesherbes y la mayor parte de los primeros ministros procedentes de la Iglesia. Nada podría persuadirme de que Bossuet no era un hombre capaz de gobernar un reino, ni que el juicio y severo Boileau no habría sido un excelente administrador.

El juicio y el buen sentido son esencialmente las dos cualidades necesarias al hombre de Estado: nótese que también son ellas las que necesariamente deben dominar en una cabeza literaria sanamente organizada. La imaginación y la inteligencia no son como se supone, las bases del verdadero talento: le es el buen sentido, no me cansaré de repetirlo, el buen sentido, con la oportuna expresión. Toda obra, aunque sea puramente de imaginación, no puede vivir si las ideas carecen de cierta lógica que las encadena y que da al lector el placer de la razón aunque sea en medio de la locura. Examinad atentamente las obras maestras

de nuestra literatura y vereis que su superioridad depende de un buen sentido oculto, de una admirable razón que viene á ser como el armazon de un edificio.

Lo que es falso concluye por desagradar: el hombre tiene en sí mismo un principio de rectitud con la cual no puede chocarse impunemente. De aquí proviene que las obras de los sofistas no consiguen mas que un triunfo pasajero; brillan con el resplandor de un fuego fátuo y se oscurecen en el olvido.

Esa idea de la incapacidad de los literatos no tiene otro origen que el haber confundido los autores vulgares con los escritores de mérito. Los primeros no son incapaces por ser literatos, sino porque en realidad no son mas que unas medianías y esta es una excelente observación de mi crítico. Téngase presente que lo que falta en las obras de esos hombres, es precisamente el juicio y el buen sentido. Acaso no faltarán ráfagas de imaginación, inteligencia, un conocimiento mas ó menos superior de la profesión, una costumbre mas ó menos desarrollada de arreglar las palabras y dar giros á las frases; pero nunca se encontrará buen sentido.

No tienen esos escritores la fuerza de producir el pensamiento, como poco antes lo habían concebido. Cuando creéis que van á entrar en el buen camino, los veis súbitamente extraviarse como impulsados por un maligno espíritu; cambian de dirección y pasan al lado de grandes bellezas sin apercibirse de ellas; mezclan fortuitamente sin economía y sin criterio lo grave, lo dulce, lo festivo y lo severo; ni saben lo que quieren demostrar, ni el fin á que se dirigen, ni las verdades que se proponen enseñar. Convendré en que tales hombres son poco á propósito para el manejo de los asuntos, pero acusaré á su naturaleza y no á las letras y tendré sobre todo mucho cuidado de no confundir esos desgraciados autores con los hombres de genio.

Mas si los primeros talentos literarios pueden ocupar gloriosamente los mas altos puestos de la patria, Dios me libre de aconsejarles que tengan la tenacidad de desearlo. La mayoría de los hombres bien nacidos puede hacer por sí mismos lo que aquellos harían al frente del ministerio público; pero nadie puede reemplazar las magoíficas obras de que aquellos privarían á la posteridad si se entregaran á otras tareas. ¿No es mucho mejor para nosotros y para su propia gloria, que Racine hubiese hecho nacer bajo su mano *pomposas maravillas* que no que se hubiera distinguido en el puesto de los Louvois y los Colbert? De desear sería que los hombres de talento comprendieran mejor su elevada misión, y supieran apreciar los dones que han recibido del cielo. Entiéndese que no se les hace un favor en invertirlos en las altas funciones del Estado; ellos son por el contrario los que al aceptarlas hacen á su país un verdadero favor y un gran sacrificio.

Expóngase quien quiera á las tempestades; yo aconsejo á los amantes del estudio que las contemplen desde la playa: «a la costa del mar será un lugar de reposo para los pastores, dice la Escritura: *Erit finiculus maris requies pastorum*.» Oigamos la opinión del orador romano. «Aprecio los dias que pasais en Tusculum mi querido Varron, tanto como el período entero de mi vida, y de buena gana renunciaría á todas las riquezas del mundo para conseguir la libertad de pasar una vida tan deliciosa... ¡mitola por lo menos en cuanto me es posible, y con mucha satisfacción me procuro un reposo en mis buenos estudios... Si grandes hombres han pensado que en favor de esos estudios podia uno dispensarse de los asuntos públicos ¿por qué no habré de elegir una ocupación tal dulce?»

En una carrera extraña á sus costumbres los literatos no tendrían mas que los males de la ambición sin conocer sus placeres. Mas delicados que los otros

hombres ¡qué de disgustos no tendrían que sufrir á cada hora del día! ¡Qué de horribles cosas tendrían que devorar en su seno! ¡Con qué personas no tendrían que tratar y hasta complacer! Siempre luchando con la envidia que los verdaderos talentos hacen nacer, se verían incesantemente expuestos á calumnias y delaciones de toda especie; encontrarían escollos hasta en la franqueza, hasta en la sencillez ó elevación de su carácter; sus virtudes les causarían mas daño que los vicios, y su mismo talento les haría caer en lazos que la medianía tal vez sabría evitar. ¡Dichosos los que hallándose en ese caso encontrarán alguna ocasión favorable para volver á la soledad antes que la muerte ó el destierro les castigaran de haber sacrificado sus talentos á la ingratitude de los gobiernos!

... Poi ch' iasieme con l' eta fiorita  
Mancó la speme; e la baldanza audace,  
Piansi e riposì de quest' unil vita  
E sospirai la mia perduta pace.

No sé si debo con este motivo reivindicar á los literatos de algunas burlas que desde los tiempos de Horacio se les vienen haciendo. El cantor de Lalaje y de Lidia nos cuenta que arrojó su escudo al encontrarse en un campo de batalla; el astuto cortesano se *alaba* de esa acción y sus versos han sido entendidos demasiado literalmente. Lo que hay de positivo es, que habla de la muerte con tal magia, y con tan dulce filosofía que apenas es posible creer que la tuviera.

Eheu, fugaces, Posthume, Posthume,  
Labuntur anni.

Mas sea lo que sea respecto del voluptuoso solitario de Tibur, lo cierto es que Jenofonte y César fueron genios eminentemente literarios sin dejar por eso de ser intrépidos capitanes. Esquilo hizo prodigios de valor en Salamina; Sócrates no cedió el premio del valor mas que á Alcibiades; Tribulo se distinguió en las legiones de Messala, y Petronio y Séneca son célebres por la serenidad con que supieron morir. En los tiempos modernos Dante vivió en medio de los combates, y el Taso fue el mas bizarro de los caballeros. El anciano Malherbe quería á los setenta y tres años batirse con el asesino de su hijo; á pesar de hallarse *enteramente vencido del tiempo* y fué expresamente al sitio de la Rochela para alcanzar de Luis XIII permiso de batirse con el caballero de Piles en campo cerrado. La Rochefoucauld había *hecho la guerra á los reyes*. De tiempo inmemorial los oficiales de ingenieros y de artillería, tan valientes en la boca del cañon, vienen cultivando las letras, la mayor parte con buen resultado y algunos de ellos con gloria. Sabido es que el breton Saint Foix entendía muy poco de chanzas y que ese otro breton á quien en nuestros dias se ha dado el nombre de primer granadero de los ejércitos franceses, ocupó toda su vida en investigaciones científicas. Finalmente, todo los literatos que la revolución francesa segó, todos manifestaran serenidad y valor al tiempo de recibir la muerte. Si es posible juzgarse uno á sí mismo diré con la franqueza natural á los descendientes de los antiguos celtas: he sido soldado, viajero, proscrito y naufrago sin haber nunca conocido que el amor de las letras me apegase demasiado á la vida: para obedecer á lo que el honor y la religión manda, basta ser cristiano y francés.

Dícese también que los literatos en todas ocasiones han adulado al poder, y que segun las vicisitudes de la fortuna se les oye celebrar la virtud ó el crimen, el opresor ó el oprimido. Hablando de las proscriciones y la guerra civil, Luciano decía á Neron. «¡Afortunada vejez, oficioso furor, cuyo precio es tan ilustre y tan glorioso el fin! ¡Crímenes demasiado bien pagados, amables eventualidades, puesto que á ellas debemos el mayor de los Césares! ¡Redoblen los dioses conjurados contra nosotros sus miserias! ¡Abis-

»me Leucas bajo las olas nuestras galeras! ¡Sean los campos de Farsalia regados otra vez con la sangre mas ilustre de Roma!... Vuélvase á ver otra vez Pebrusa desolada! Destiuos, haced que Neron gobierne, y Roma quedará consolada.»

A tales palabras no me es posible responder en nombre de los literatos: inclino mi cabeza lleno de confusion y de horror diciendo como el médico en Macbeth: *Tis disease is beyond my practice. (Esa enfermedad es superior á mi arte).*

Sin embargo, ¿no podria encontrarse en esa degradación una excusa, bien triste ciertamente, pero sacada de la naturaleza misma del corazon humano? Presentadme en las revoluciones de los imperios, en aquellos tiempos calamitosos en que todo un pueblo, á manera de un cadáver no da signo alguno de vida: presentadme, digo, una clase de hombres siempre fiel á su honor y que no haya cedido ni á la fuerza de los sucesos ni á la latitud del sufrimiento: entonces pronunciaré la sentencia contra los literatos. Mas si no es posible encontrar esa categoría de ciudadanos generosos, cesad de acusar en particular á los favoritos de las Musas, y gemid por toda la humanidad en general. La única diferencia que hecha esa suposición existirá entre el escritor y el hombre comun, es que la torpeza del primero será conocida, en tanto que la baja del segundo permanecerá oculta. ¡Dichoso ciertamente en aquellos días de esclavitud el hombre de mediana capacidad que puede ser vil sin temor del porvenir, y que impunemente puede resolverse en el cieno sin temor de que sus talentos lo revelaran á la posteridad, ni el grito de su infamia pasara mas allá del límite de su vida!

Fáltame hablar de la celebridad literaria. Marcha al par de la de los grandes reyes y héroes. Homero y Alejandro, Virgilio y César ocupan igualmente los ecos de la fama. Anádase que la gloria de las Musas es la única en que no entra ningun elemento extraño. Parte de las glorias militares podrian achacarse á los soldados ó á la fortuna: Aquiles venció á los Troyanos con el auxilio de los griegos: pero Homero compuso sin ayuda de nadie su *Iliada*, y sin Homero, no hubiera Aquiles gozado celebridad. Por lo demás me hallo tan distante de mirar las letras con ese desprecio que me suponen, que no cederia con facilidad esa débil porción de celebridad que algunas veces parecen prometer á mis esfuerzos. Creo no haber importunado á nadie con mis pretensiones; mas puesto que es preciso decirlo, confesaré que no soy del todo insensible á los aplausos de mis compatriotas, y que sentiria mal el justo orgullo que debe inspirarme la patria si no apreciara el honor de haber dado á conocer con algun brillo un nuevo nombre francés á las naciones extranjeras.

Finalmente si se diera crédito á ciertos espíritus displicentes, seria preciso creer que nuestra literatura actual está condenada á la esterilidad: na' a se publica que merezca ser leído: lo falso, lo trivial, lo exagerado, el mal gusto y la ignorancia dominan por todas partes, y estamos poco menos que amenazados de retroceder á la barbarie. Lo que debe tranquilizarnos algo es, que en todos tiempos se han repetido las mismas quejas. Los periódicos del tiempo de Luis XIV están llenos de declamaciones sobre la falta de talentos. Los Subligni y los Visé echaban de menos el buen tiempo de Rosard. El espíritu de denigración es una enfermedad peculiar de la Francia, porque en este país todo el mundo tiene pretensiones, y nuestro amor propio se halla incesantemente atormentado por los triunfos de nuestro vecino.

Mas á mí que no tengo el derecho de parecer descontentadizo, y que me doy por satisfecho de admirar con la multitud, no me causa sensación alguna esa supuesta esterilidad de nuestra literatura. Teugo la dicha de creer que todavía existen en Francia escri-

tores de talento: dignos de atención por el vigor de sus pensamientos y por la magia de su estilo: poetas de primer órden, sabios distinguidos, críticos llenos de buen gusto y depositarios de las sanas doctrinas y de las buenas tradiciones. Fácil me seria enumerar muchas obras; lo digo con toda confianza, que pasaran á la posteridad. Podemos afectar altivez en desdenar los talentos que nos quedan; pero no dudo que el porvenir será mas justo para con nosotros, y que admirará lo que nosotros tal vez habremos despreciado. Nuestro siglo no desmentirá la comun experiencia: las artes y las letras brillan siempre en tiempos de revolucion como aquellas flores. ¡Ay! que se abren entre sus ruinas: *Feret et rubus asper amomum.*

Aquí doy fin á la apología de los literatos. Creo que el caballero bearnés se habrá dado por satisfecho de mis sentimientos: ¡Ojalá lo estuviera de mi estilo! pues francamente hablando, le supongo algo mas conocedor en literatura que lo que conviene á un caballero del tiempo antiguo. Si he de decir todo lo que pienso, podria muy bien suceder que al atacarme no se hubiera propuesto mas que defender su propia causa. Su ejemplo en caso necesario demostraria que un hombre que ha gozado de gran consideración en el órden político y en la primera clase de la sociedad, puede ser un sabio distinguido, un crítico delicado, un escritor lleno de amabilidad y hasta un poeta de talento. Esos caballeros de Bearn han galanteado siempre á las Musas, y aun dura la memoria de un cierto Enrique que sabia batirse muy bien, y que se lamentaba en verso de su *partida* al separarse de Gabriela. Sin embargo puesto que mi adversario no ha querido descubrirse, evitaré nombrarle y me contento con que sepa que lo he conocido por sus colores.

Los literatos que he procurado vindicar del desprecio de la ignorancia ¿me permitirán que al concluir les dé algunos consejos de los cuales me prometo yo tambien tomar una no pequeña parte? Si quieren reducir á silencio la calumnia, y atraerse el aprecio hasta de sus enemigos, es necesario que por de pronto se despojen de esa altanera gravedad, de esas exageradas pretensiones que los han hecho insufribles durante el último siglo.

Seamos moderados en nuestras opiniones, indulgentes en nuestras críticas, y sinceros admiradores de todo lo que merece ser admirado.

Respetando la nobleza de nuestra profesion, no rebajemos nunca nuestro carácter; no nos lamentemos de nuestra suerte; el que se hace compadecer se hace despreciar: solo las Musas, pero no el público sepan si somos ricos ó pobres; el secreto de nuestra indigencia debe ser el mas delicado y mas bien conservado de nuestros secretos.

Hagamos de manera que todo desgraciado halle en nosotros un apoyo: somos los naturales defensores de los suplicantes: nuestro mas hermoso derecho es el enjugar las lágrimas del infortunio y el hacerlas correr de los ojos de la prosperidad: *Dolor ipse disertum fecerat.* Nunca prostituyamos al poder nuestro talento; pero tampoco nunca manifestemos contra él injusta prevención; el que critica con acrimonia admirará sin descernimiento; del espíritu de la exposición arbitraria á la adulación, no hay mas que un paso. Finalmente estemos bien persuadidos que tanto por interés de nuestra gloria, como por la perfección de nuestras obras, nunca será bastante el afecto que profesemos á la virtud: la belleza de sentimientos es lo que constituye la belleza del estilo. Cuando el alma se eleva, las palabras caen de lo alto, y la expresión noble es íntima compañera del noble pensamiento. Horacio y el Estagirita no revelan todos los preceptos del arte: hay delicadezas y misterios del lenguaje que el escritor no puede aprender sino de la probidad de su corazon, porque no los enseñan los preceptos de la retórica.